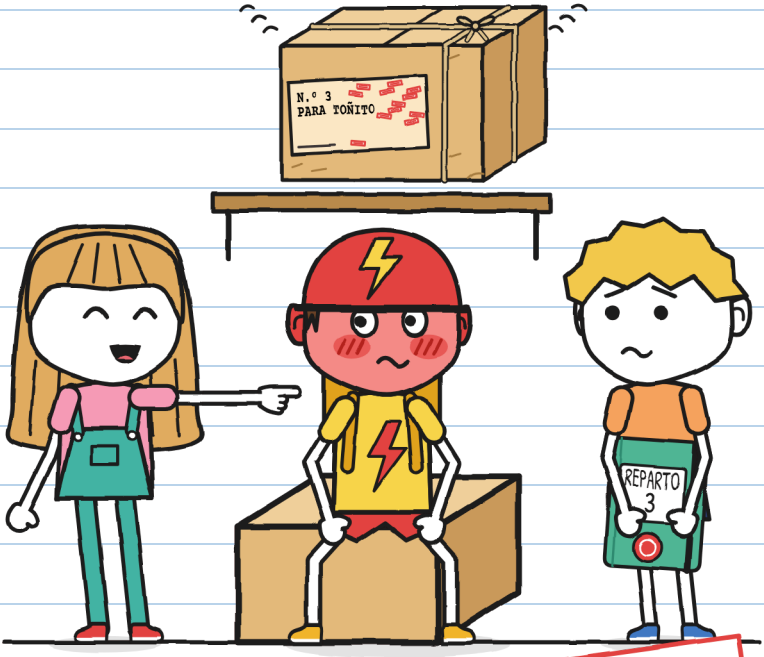
ENTREGAS IMPOSIBLES · 3

Devuelto, por favor

Lui Eriksson



(el cuaderno de Guni)

TALLA S
Nivel inicial · 7+

ENTREGAS IMPOSIBLES · 3
Devuelto, por favor

Texto e ilustraciones: Lui Eriksson

TALLA S · Nivel inicial · 7+

Versión en español de México: LinguAula

Primera edición: 2026

© 2026 Lui Eriksson · info@linguaula.com

Fotocopiable libremente, para clase y para casa.

Tercer libro de la serie. Los anteriores: «Este paquete muerde» y «No abrir antes del trueno».

LinguAula

Trabaja cada capítulo en linguaula.com

Ningún repartidor salió herido al escribir este libro. Rojo, sí. —J.



Y yo lo leo primero. —J.

Si lo encuentras, devuélvelo. Por favor.

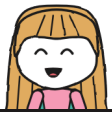


Este sello marca lo que solo pasa en el cuento. Un paquete de verdad no vuelve volando. Con una bici de verdad, sigue la página 76. —J.

QUIÉN ES QUIÉN



Guni. Repartidor de los sábados. Dibuja cosas que nadie le ha pedido. Este cuaderno es suyo.



Julita. Escribe en verde y firma J. Siempre sabe cómo ayudar. Ese es el problema.



Toño. Reparte para RAYO, en bici. En diez minutos o gratis. Se pone rojo por partes.



Mara. La dueña de Entregas Imposibles. Lleva sombrero de bruja. Sabe más de lo que dice.



Zoe. De RAYO. La más rápida. Pone los apodos.



Bruno. De RAYO. Pinchó una vez. Hace dos años.



El paquete n.º 3. Suena cuando lo mueven. En la etiqueta solo pone un nombre.

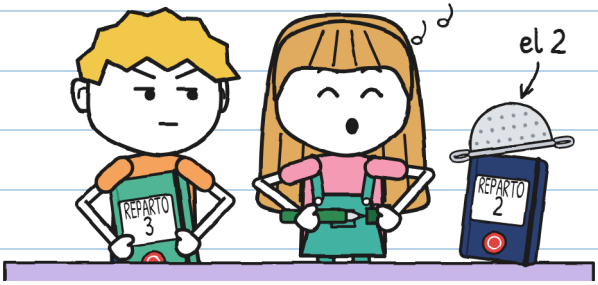


R. Manda los paquetes que nadie consigue entregar. Nadie dice su nombre.

CUADERNO DE REPARTO 3
de Guni

SECRETO.

«Secreto» significa: lo leo yo primero. Y no se lo cuento a nadie. —J.



El cuaderno 2 se acabó en una sola tormenta. Este es verde y lleva el sello de la tienda. Iba a usarlo yo primero. Lo usó Julita.

Lo usé primero para ayudarte. De nada. —J.

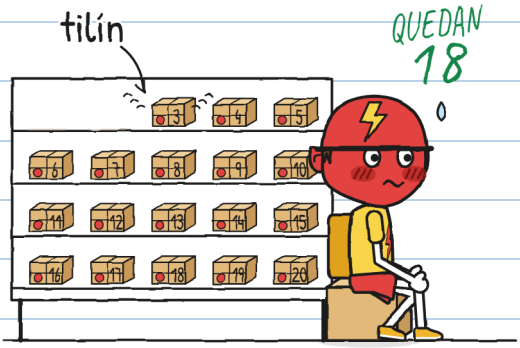
Yo no le pedí ayuda. Con Julita, eso da igual.

CAPÍTULO 1

Tilín

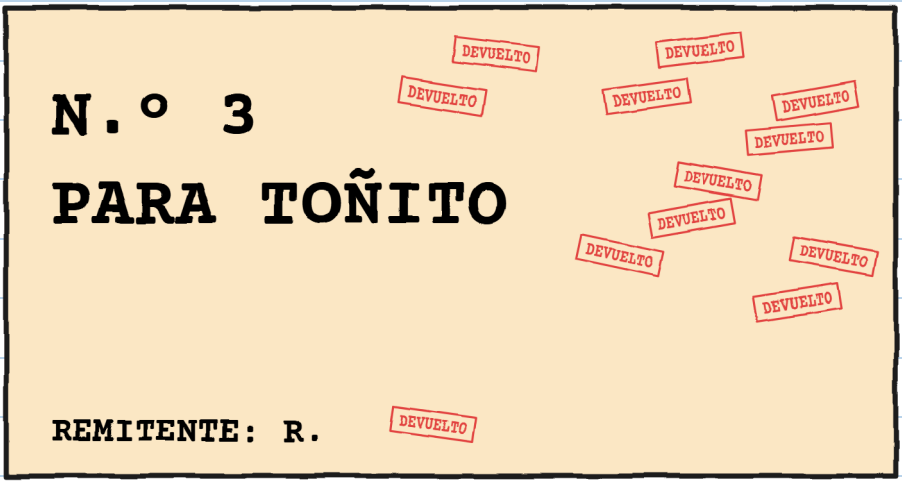
Mara guarda en la tienda los paquetes que nadie pudo entregar. En una estantería. Eran veinte. Julita y yo entregamos dos: un huevo de dragón y unas semillas que corrían. Quedan dieciocho.

La noche de la tormenta ya nos íbamos a casa. Un paquete sonó.
Tilín.



Era el n.º 3. Toño reparte para RAYO en diez minutos o gratis. Se puso del color de su casco.

Sin firma, los devueltos vuelven volando a su estantería al amanecer. Solo cuenta la firma de quien recibe el paquete. En la etiqueta. Con tinta que no se borra. R. es el remitente: quien los manda.



Julita empezó a leer la etiqueta:
—Para To...
Cerró la boca. Nunca se calla en medio de una palabra. Miré a Toño. Se ponía rojo.

Leí media palabra. Me tragué la otra mitad. —J.

Hay gente que se pone roja de repente. Toño, no.
Se pone rojo por partes. Lo apunté.

ROJÓMETRO DE TOÑO



—Ese paquete puede esperar —dijo Toño, rápido—.
Lleva años esperando. Un día más. O diez. RAYO no tiene prisa.
Era la primera vez que alguien de RAYO decía eso.

Esa noche: 4. Quería apuntarlo en rojo. Solo tengo verde. —J.

—Esta noche no se abre nada —dijo Mara—. Y la estantería no se toca sin permiso.
Nadie la tocó. Sonó otra vez el tilín.
Tilín.
—¡Fue la puerta! —dijo Julita.

Cuando no entiendo algo, hago una lista.

SOSPECHOSOS DEL TILÍN



la puerta

la bici de Toño

la rana de goma

el n.º 3

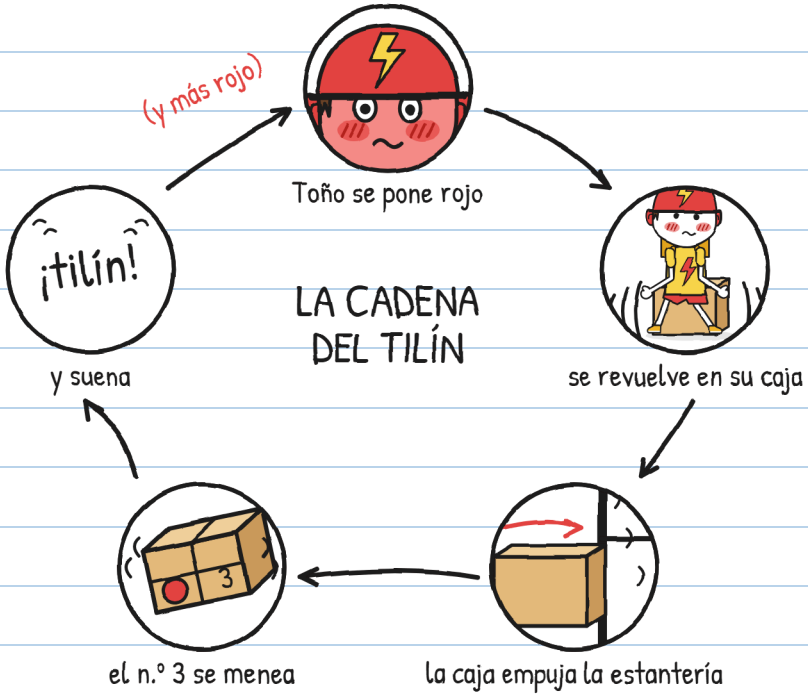
La rana es inocente. La conozco. —J.

Salí a probar los sonidos a la banqueta. Ya no llovía.
Abrí y cerré la puerta: ñiiic. Toqué el timbre de la bici: ¡RIIING! Apreté la rana: cuic.



Julita decía que no con el dedo. Ninguno sonaba así.
Entré. Toño se movió sentado en su caja.
Tilín.

Me agaché. La caja de Toño tocaba la pata de la estantería.



No era magia. Era Toño.
Algo suena dentro del n.º 3 al mover el paquete.

Como yo. —J.

Toño decidió quedarse quieto. Le duró esto:

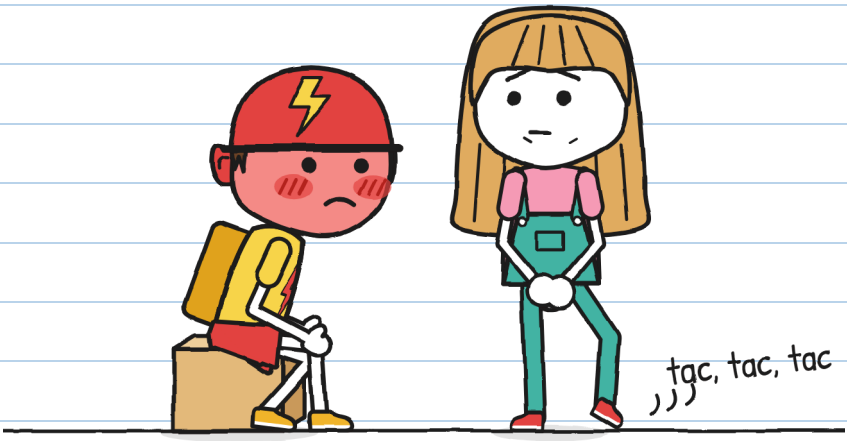


Solo era una pregunta. Las preguntas no empujan estanterías. —J.

Esta sí.

—Era yo —dijo Toño, mirando sus tenis—.
De pequeño.
Lo dijo muy bajito. La rana lo oyó mejor que yo.

Julita abrió la boca. Tenía muchas preguntas. Toño seguía mirando sus tenis. Julita lo miró y cerró la boca.



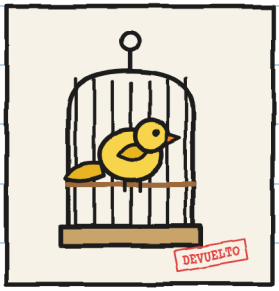
—No pregunto más —dijo Julita.
Le costó. Movía el pie.

Preguntas que no hice: nueve. Las tengo apuntadas. —J.

—¿Por qué nunca se lo llevaste? —pregunté a Mara.

—Lo llevé doce veces. Mira la etiqueta: sin calle, sin número de casa, sin apellido. Probé con todos los Toñitos que encontré.

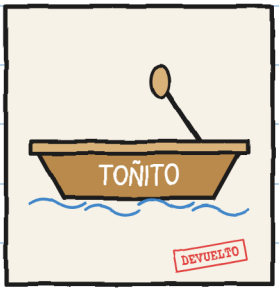
LOS TOÑITOS DE MARA



1. Un canario.
(Pisó la etiqueta. No cuenta.)



2. Don Antonio, 71 años.
(«Ya me gustaría».)



3. Una barca del canal.
(No tiene manos.)

—¿Y Toño? —preguntó Julita.

—La última vez aún no conocía a Toño —dijo Mara, mirándolo—. Nadie me dijo su nombre de pequeño.

Mara sacó un paño morado de debajo del mostrador. Tapó el n.º 3. Como una jaula de loro a la hora de dormir. Alejó dos palmos la caja de Toño de la estantería.
—Así. Ahora puedes moverte.



Toño podía irse en bici. La tenía en la puerta. En diez minutos podía cruzar el barrio.
Se sentó otra vez.
No sé por qué. Lo apunto igual. Su caja no tiene respaldo para apoyar la espalda. Le dibujé uno.

Nadie te pidió un respaldo. —J.

Al cerrar, Toño era el último. Se abrochaba el casco.

—Mara. Mañana vengo a hablar del paquete. En privado.

—Estos dos son de la tienda.

Toño nos miró.

—Estos, está bien. Pero nadie de RAYO.



El paquete era para Toño. Faltaba saber si lo quería.

Yo ya sé cómo ayudarle. —J.

Eso es lo que me preocupa.

CAPÍTULO 2

No dije que sí

Los domingos la tienda está cerrada. Mara dejó la persiana a medio subir. Colgó un cartel: CERRADO (menos para ti).

Toño llegó a las once. Antes de entrar miró a los dos lados de la calle. Como cuando vas a cruzar. No venía nadie de RAYO.



Nosotros llegamos a las diez y media. Por si acaso. —J.

Mara puso el n.º 3 en el mostrador. Quitó el paño.
Habló como quien lee un cartel:
—Paquete número tres. Para Toñito. ¿Eres tú?
—Era.
—Me sirve. ¿Lo quieres?

Toño miró la caja. La caja no dijo nada.
—No dije que sí.
—Tampoco dijiste que no.
—Dije: «No dije que sí».



Tres frases para no firmar. Las conté. —J.

Toño agarró la caja como una olla caliente. La pesó. La giró. La puso junto a su oreja. La movió un poco.
Tilín.
La soltó rápido.

—¿Y si se lleva el paquete? —dijo Julita—. Una noche en casa de Toño y ya está entregado. Es de lógica.
—El sello de regreso no va por lógica —dijo Mara—. Va por tinta.

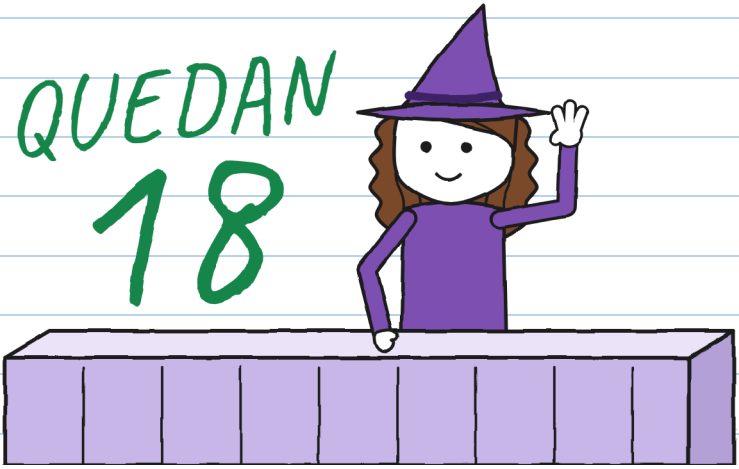
¿CUENTA COMO ENTREGA?		
	Mirarla	NO
	Agarrarla	NO
	Llevársela a casa	NO
	Firmar la etiqueta con tinta que no se borra	SÍ

El sello y yo no pensamos igual. —J.

—Julita, Guni: este reparto es de ustedes —dijo Mara—. Como el del trueno. Tres condiciones.
Las contó con los dedos:

1. No abren la caja. La etiqueta sigue pegada.
2. El n.º 3 solo sale de la tienda si Toño lo pide.
3. Firma quien lo recibe, si quiere. Sin firma, vuelve el paquete al amanecer. No pasa nada.

—¿Y si no quiere nunca? —preguntó Julita.
—Pues nunca.



«Nunca» no es una fecha de entrega. —J.

Toño estuvo callado mucho rato. Julita midió el tiempo: cuatro minutos. Para RAYO, casi media entrega.

—Me la llevo —dijo Toño—. Cerrada. Para pensar. De momento.
—¿Lo pides tú? —preguntó Mara.
—Lo pido yo.

Apunté cómo salía el n.º 3. Así nadie podía negarlo:

FICHA DE SALIDA

- [x] Caja: cerrada
- [x] Etiqueta: pegada
- [x] Lo pide: Toño
- [ ] Firma: todavía no



Fuera, Toño metió el n.º 3 en la cesta de su bici. Lo soltó. Sonó: tilín.

Miró el manubrio y el timbre de RAYO. Parecía recordar algo.
—¿Qué? —preguntó Julita.
—Nada.
Toño se fue a pie, con la bici de la mano. Nunca va a pie.



«Nada» era «algo». Hay que ayudarle. —J.

Desde la puerta vi dos bicis de RAYO paradas en la esquina.
—¡Toño! ¿Qué llevas en la cesta? —gritó una chica. Su trenza llegaba a la cintura.
—Un reparto.
—¿Para quién?
—Para un cliente.

No mintió. Antes de contestar giró la caja. La etiqueta miraba hacia él. RAYO no la veía.



Ahora entiendo lo de «nadie de RAYO». —J.

Esa noche dejé subida la persiana de mi cuarto. Vivo enfrente de la tienda. Quería ver si el n.º 3 volvía.

—¿Guni? —dijo mi madre desde el pasillo—. ¿Qué haces despierto?
—Vigilo un paquete.
—Bueno. Pero vigílalo con el pijama puesto.



También quería vigilar. Por mi ventana veo un patio. —J.

Al amanecer se oyó el n.º 3.

Tilín, tilín, tilín.

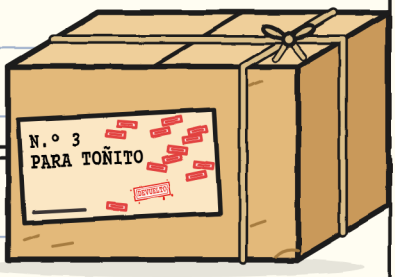
Luego apareció sobre los tejados. Sin prisa. Sonaba como el carrito de helados. Se encendió luz en tres ventanas. Ladró un perro. El n.º 3 entró por la ventanita sobre la puerta. Mara la deja abierta para eso.



Después de la escuela fuimos a la tienda. El n.º 3 estaba en su repisa, su estante. Tenía otro sello: trece.

REGRESOS DEL N.º 3

N.º 13	lunes, al amanecer	sonando	lo oímos: mi madre, medio barrio, el perro del 4 y yo



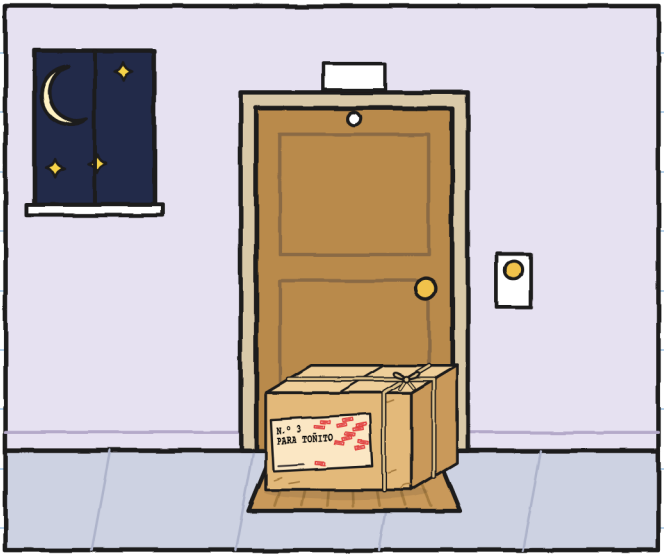
—No es un castigo —dijo Mara—. Es la regla. Nadie firmó: vuelve.

Trece sellos. Unos más y no se ve la caja. —J.

Toño vino a las cinco y veinte, después de repartir. No preguntó por el n.º 3. Esa mañana lo oyó pasar sobre su casa.

No lo vi. Me lo contó Toño:

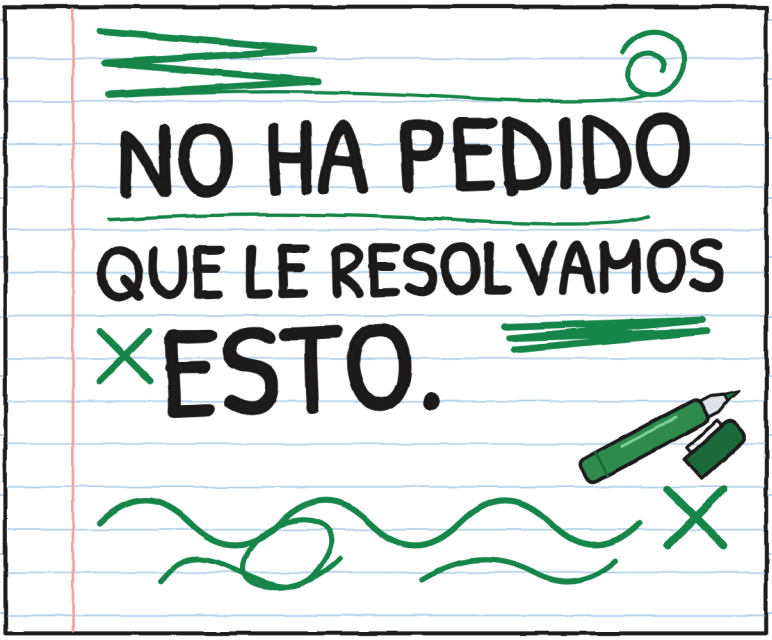
LO QUE ME CONTÓ TOÑO



—Dejé la caja toda la noche en el tapete de la puerta.
—¿Por qué no la metiste? —preguntó Julita.
—En casa muchos ya me llaman Toñito.

—Una firma lo arregla todo —dijo Julita cuando Toño se fue—. Una. Se tarda dos segundos. Medí el tiempo con la mía.

Abrí el cuaderno. «El verde no tapa mi frase», pensé. Escribí con pluma, apretando:



Lo leí. No estoy de acuerdo. De momento. —J.

Tengo otra idea. No me mires así. —J.

CAPÍTULO 3

Autógrafos

El martes salí de la escuela. Vi una mesa en la banqueta de la tienda. Tenía un mantel amarillo hasta el suelo. Tenía un cartel con la letra de Julita. Y algo tapado en medio.



—Es un atril, un apoyo para firmar cómodo —dijo Julita—. Colecciono autógrafos: firmas de recuerdo.

—¿Desde cuándo?

—Desde ayer.

En el atril había una hoja con líneas. Abajo tenía una ventanita cortada con tijeras. El mantel tenía otra igual, justo debajo.
Levanté una esquina del mantel. El atril era el n.º 3 acostado. Las ventanitas dejaban ver su etiqueta hacia arriba.

CÓMO FUNCIONA

1. La hoja, con su ventanita.

2. El mantel, con su agujero.

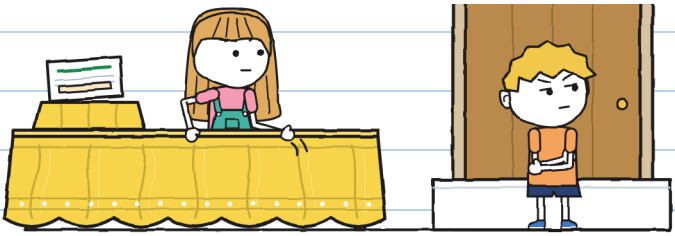


3. La etiqueta del n.º 3, por la parte que está en blanco.
4. Quien firma en la ventanita... firma la etiqueta.

—Con mi marcador —dijo Julita, feliz, bajito—. La tinta no se borra. Mañana el n.º 3 no vuelve. Toño se entera cuando lo ve. ¡Sorpresa!

—Toño no pidió sacar el n.º 3 de la tienda —dije—. Condición dos.
—Lo va a agradecer.
—¿Y Mara?
—Estaba al teléfono. Le dije: «Mesa de autógrafos». Y lo es.
—¿Y el atril?
—Eso no me lo preguntó.

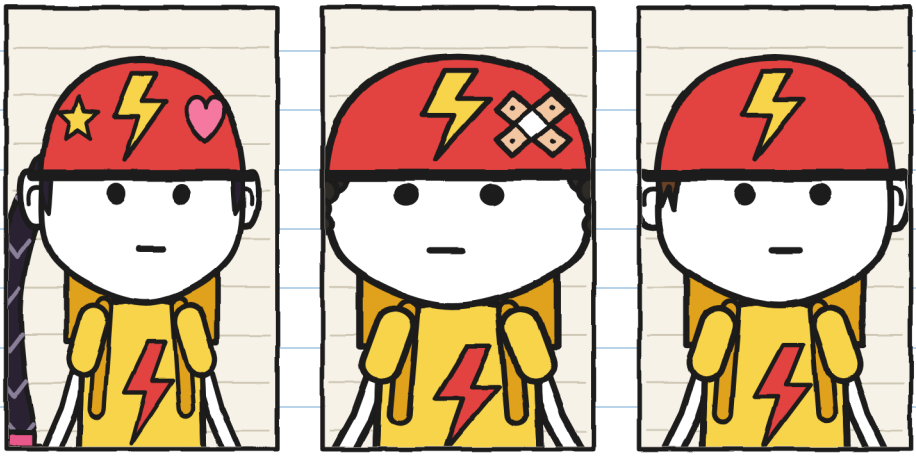
Le recordé lo de Flora y la octava semilla. Julita no dejó firmar a Flora antes de tiempo.
—No es lo mismo. Aquella entrega no estaba lista. Esto es más rápido.
—Hazlo tú. Yo no.



Se sentó en el escalón. Muy serio. No ayudó nada. —J.

RAYO pasa por nuestra calle a las cinco y diez. Son tres, en fila.

FICHAS DE RAYO



ZOE, «Cohete»:
la más rápida.
Pone los apodos.

BRUNO, «Pinchazo»:
pinchó una vez.
Hace dos años.

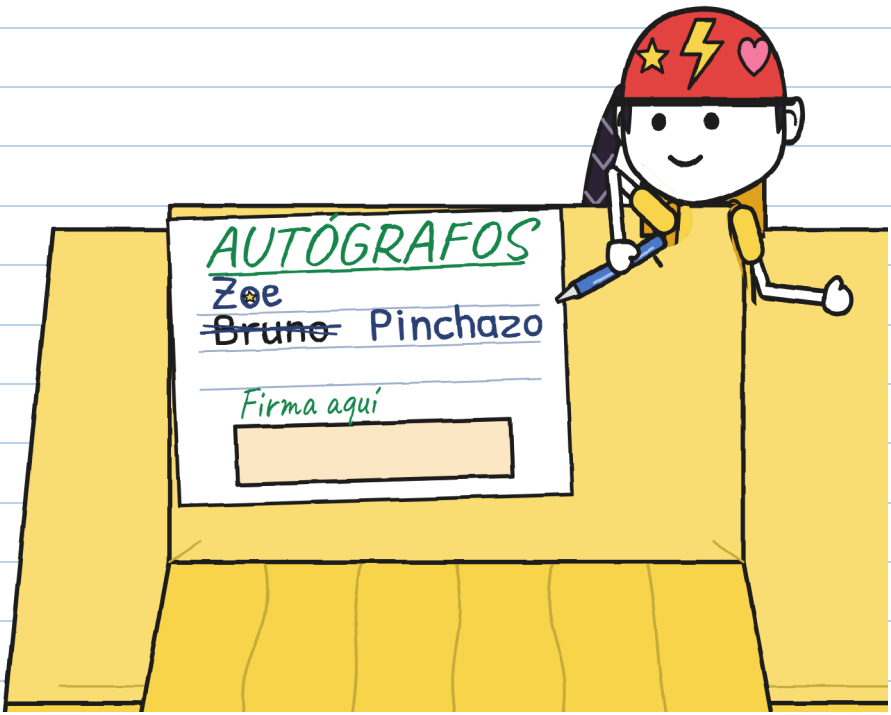
TOÑO:
sin apodo.
Todavía.

—¿Autógrafos? ¿Nuestros? —dijo Zoe. Frenó y se bajó de la bici.

Nadie les ha pedido nunca un autógrafo. Por eso funciona. —J.

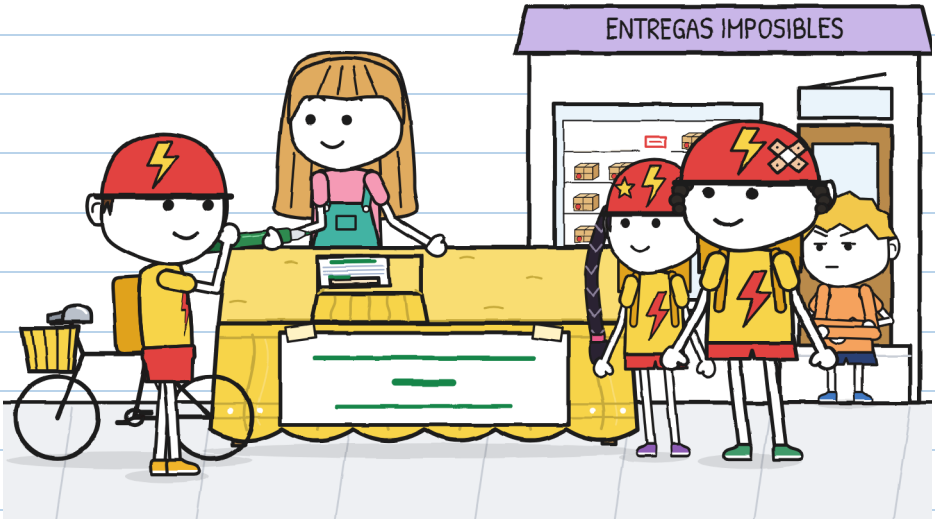
Zoe firmó primero, con una estrella en la o. Bruno escribió «Bruno». Zoe tachó el nombre y puso «Pinchazo».

—En RAYO los apodos no se quitan —me dijo Bruno, sin enojarse—. Pinché una vez.



Toño seguía en la bici. Miraba la mesa como miró el n.º 3 el domingo.

—Te toca, Toño —dijo Julita—. Aquí abajo, en el espacio marcado. El mejor sitio.
Le dio su marcador verde.
A Toño le pedían su primer autógrafo. Bajó de la bici y se puso recto.



Desde el escalón lo veía todo. «No es cosa mía», pensaba. Y callaba.

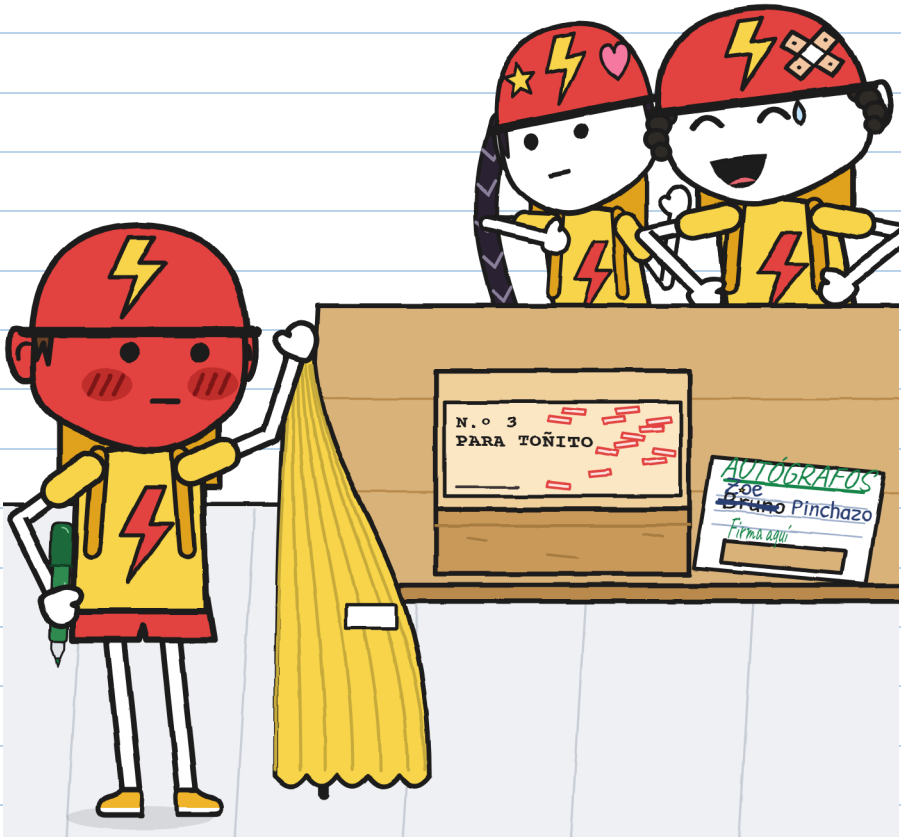
Me levanté.

—Toño, espe...

Llegué tarde. Toño acercó el atril de un tirón. Iba a firmar. Debajo del mantel sonó algo:



Toño levantó el mantel.

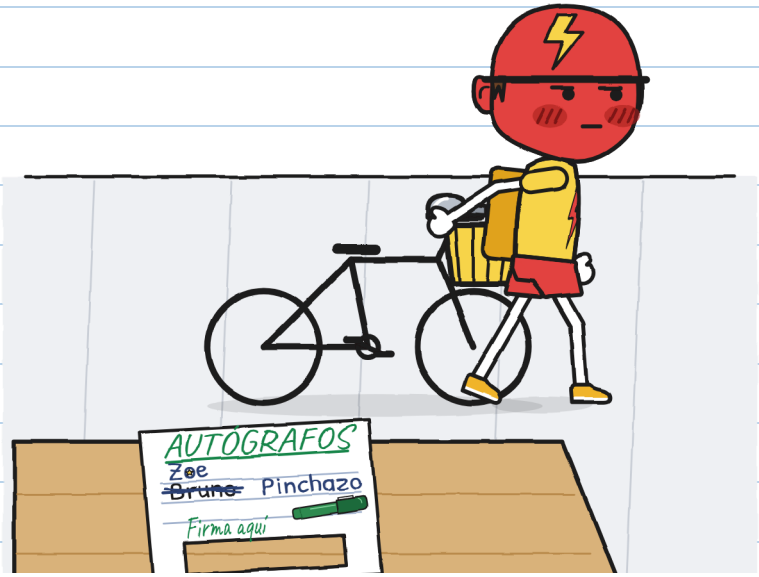


—«Para To-ñi-to» —leyó Zoe, despacio y contenta.
—¿Toñito? —dijo Bruno. Se rio.
Zoe no se rio. Zoe estaba pensando.

Toño no gritó. Tapó despacio el marcador. Lo dejó sobre la hoja. Sin firmar.

—RAYO no firma trampas.

Se fue a pie, con la bici por el manubrio. Nadie lo siguió.



Iba de color casco. No era rojo de vergüenza. Era rojo de enojo.

El rojómetro no tiene número para ese. —J.

Mara salió con el paño morado. No preguntó quién sacó el paquete. Miró el hueco de la repisa, la mesa y a Julita.
Tapó el n.º 3 y lo levantó en brazos.
—Este paquete no está entregado —dijo a Zoe y Bruno—. Lo que dice la etiqueta es cosa de Toño.

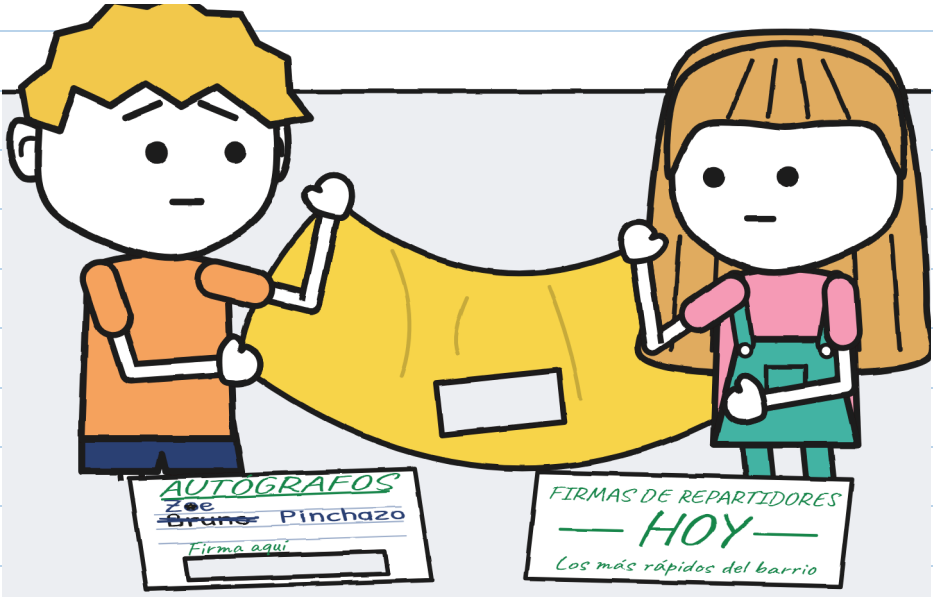


Se fueron sin tocar el timbre.

Ayudé a Julita a recoger el mantel, el cartel y la hoja. Dos firmas y un agujero. No le dije «te lo dije». Ni «no pasa nada». Sí pasaba.

—Tú no hiciste nada —dijo Julita.

—Avisé tarde. Podía avisar antes. O llamar a Mara.



Julita entró y le contó todo a Mara sin ayuda. La ventanita, el mantel, la repisa, el teléfono.

—A Toño se lo cuentas tú —dijo Mara.

El miércoles Toño pasó a las cinco y diez. No frenó. Volvió a las cinco y veinte. Pasó una tercera vez. Julita estaba en mitad de la banqueta con un papel.

LA DISCULPA



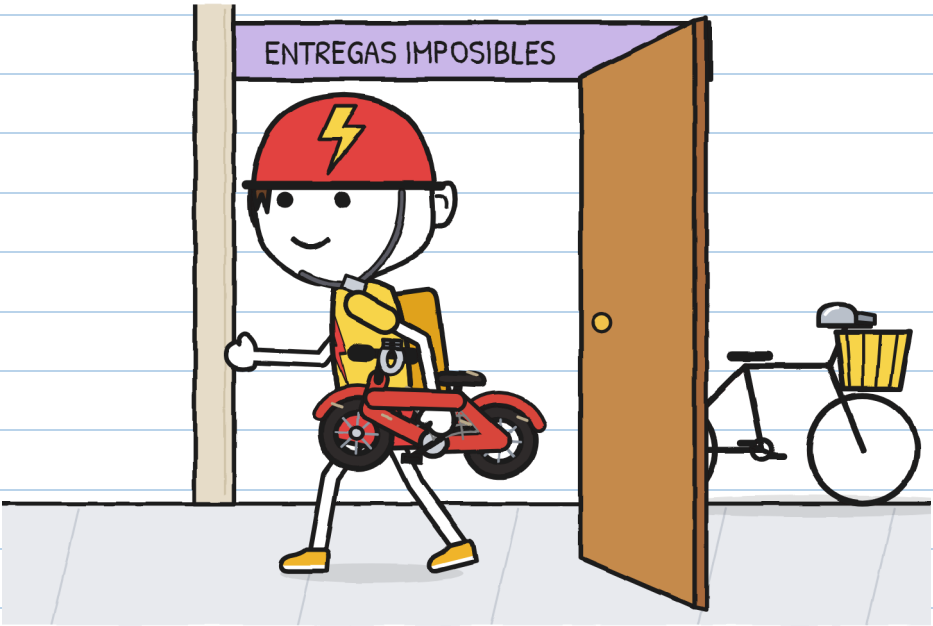
Toño leyó el papel desde la bici.
—Está bien. Lo leí.
—¿Me perdonas?
—Dije que lo leí.
Esa tarde Toño no vino a la tienda. Su caja quedó vacía.

Firmé con el nombre entero. Era lo mínimo. —J.

CAPÍTULO 4

Una bicicleta pequeña

El jueves Toño entró en la tienda. No miró a los lados de la calle. Traía una bici debajo del brazo.



No era su bici. O sí: la de pequeño.
—Desde el domingo pienso en el tilín —dijo Toño—. Creo recordar ese sonido. Quiero ver si acierto.

—Quiero abrir el n.º 3. Aquí no: se ve desde la calle.

Mara nos llevó a la trastienda, el cuarto de atrás.

—Abrir no es firmar —dijo—. Sin firma, vuelve al amanecer.



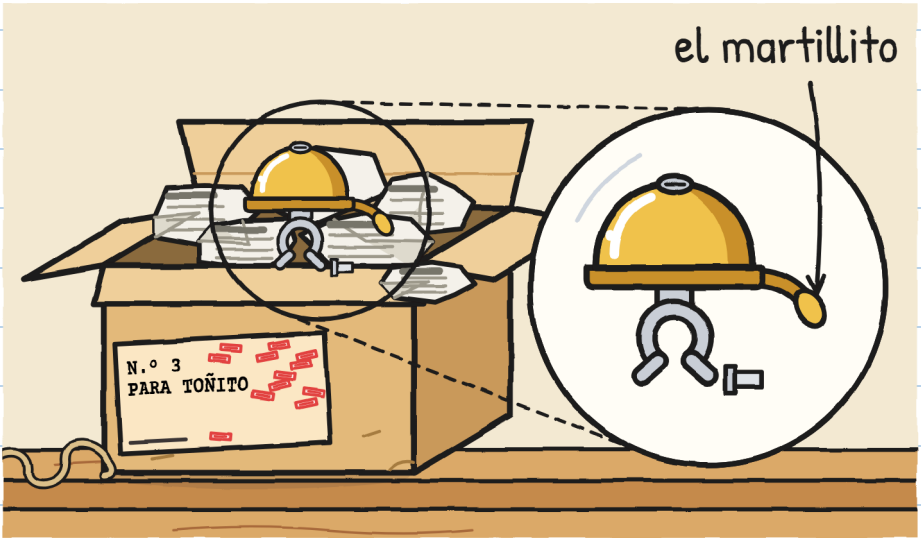
—¿Me quedo? —preguntó Julita. Lo preguntó.

Toño tardó.

—Sin tocar.

—No toco la caja. Ni hablo del tema.

Toño desató la cuerda. Dentro había papel de periódico viejo. Se rompía solo. Y entre el papel...

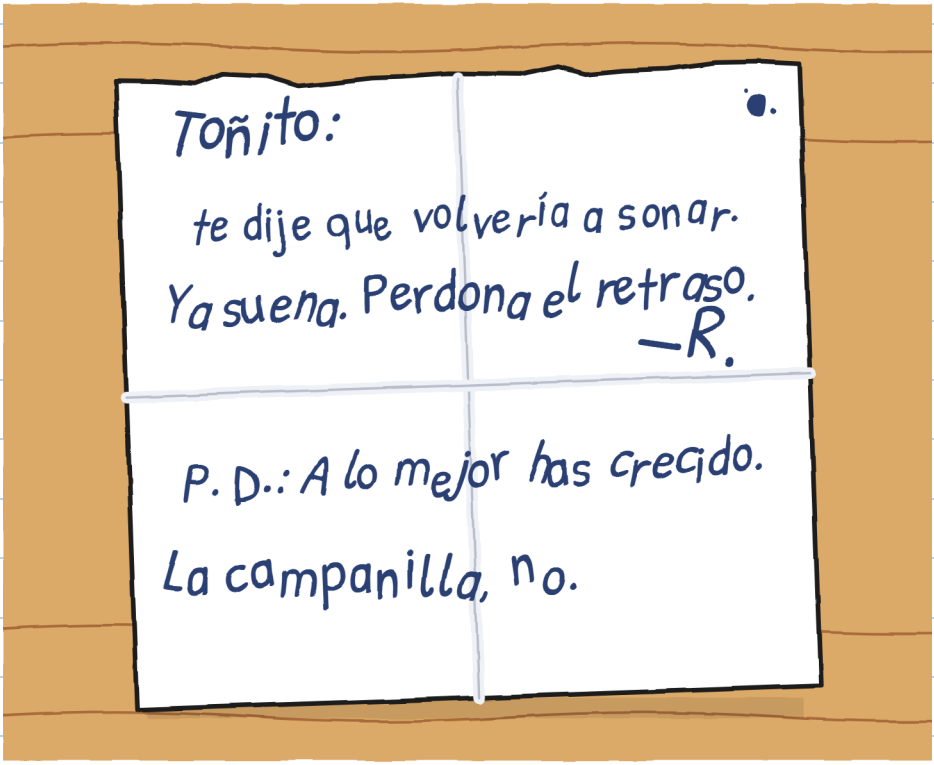


Una campanilla de bici, pequeña y dorada. Un muelle hace rebotar el martillito. Si la mueves, suena.

El n.º 1 mordía. El n.º 2 corría. El n.º 3 solo suena.

Ni dragón ni patas. Una campanilla. Me gusta. —J.

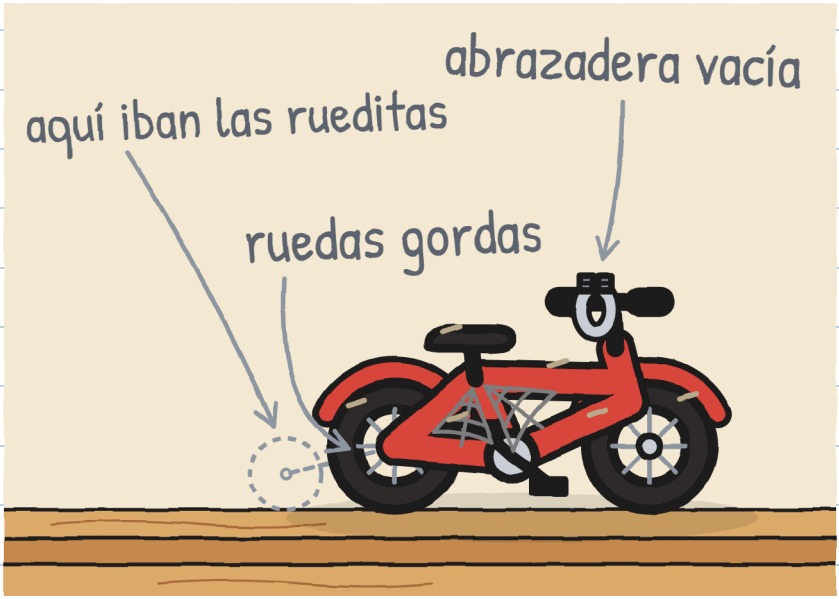
Debajo había una nota doblada en cuatro.



Toño la leyó dos veces.
—Qué mala letra —dijo. Y se calló un buen rato.

R. cumple tarde. Lo dijo Flora. No dijo CUÁNTO. —J.

Entonces Toño puso la bici pequeña encima de la mesa.

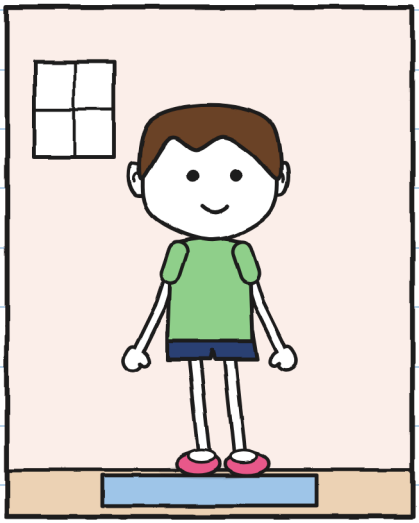


—Era mía. Llevaba esta campanilla, sujeta con la abrazadera. Un día la campanilla dejó de sonar: clac. Alguien dijo: «Dámela, Toñito. Te la arreglo y te la devuelvo».

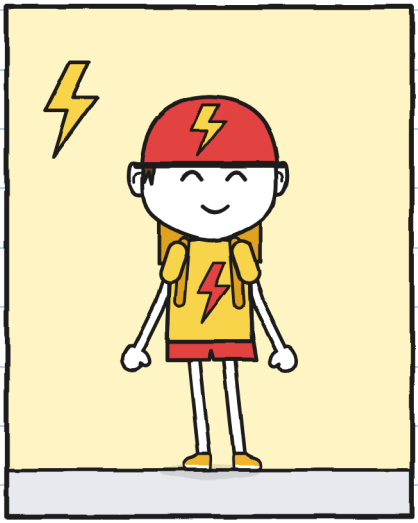
—¿Quién? —preguntó Julita sin querer. Se tapó la boca.

—No recuerdo la cara. Sí la campanilla. Y que esperé mucho.

—En casa me llaman Toñito —dijo Toño—. En RAYO, Toño. Lo escribí en mi ficha el primer día.
—¿Qué tiene de malo Toñito? —pregunté.
—Nada. Hasta que lo dice Zoe. En RAYO los apodos no se quitan. Mira a Bruno.



EN CASA: Toñito



EN RAYO: Toño

—Bruno me ha llamado Toñito seis veces desde el martes —añadió Toño.
Julita se encogió en su rincón.

—¿Todavía cabes? —preguntó Julita. No lo pudo evitar.
Mara bajó la bici al suelo. Toño se sentó.



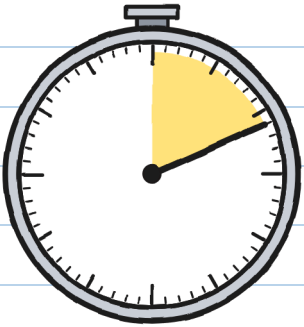
Cabía. Más o menos.
Mara hizo un ruido, casi una risa. Toño también se rio. No lo veía reír desde el sábado.

Rojómetro: 0. Lo apunto porque también cuenta. —J.

—Ya tienes el timbre de RAYO en la bici —dije—. No tienes que poner esta campanilla. Puedes guardarla. O dejarla volver.
—Ya lo sé —dijo Toño. Pero me miró. Parecía oírlo por primera vez.

Julita estuvo once minutos callada, escuchando, con el marcador guardado.





11 min

Once minutos. Se me durmió la lengua. —J.

—Quiero probarla solo —dijo Toño.
Salimos Mara, Julita y yo. Toño cerró la trastienda.

Para no escuchar, Julita cruzó la tienda y yo dibujé. El asiento de Toño ya tiene dosel: un techo de tela. Se oyó igual.



Tilín.
Era el mismo tilín del sábado. Luego, otro. Y luego ninguno, durante mucho rato.

Toño salió. Llevaba la campanilla en una mano y la caja debajo del brazo.

—Me la llevo hasta mañana. Sin firmar.

—Al amanecer vuelve —dijo Mara.

—Que vuelva. Quiero tenerla una noche.

—¿Y si Toño deja la campanilla fuera de la caja? —pregunté.

—Nunca lo he probado —dijo Mara—. Y no voy a probarlo a las siete de la mañana.

Toño guardó la campanilla y la nota en la caja.



Hasta mañana faltan catorce horas. Las voy a contar. —J.

El viernes mi calle sonó otra vez: tilín, tilín, tilín.
Regreso n.º 14.
Lo de la noche anterior no lo vi. Me lo contó Toño:



—Esta vez el n.º 3 durmió en mi mesita de noche. No en el tapete. Al amanecer daba golpes en el cristal. Le abrí la ventana.

Le abrió la ventana a un paquete.
Qué educado. —J.

Dibujé juntas las dos bicis de Toño. Añadí la campanilla a la bici de ahora. Queda bien. Julita pegó un papelito sobre la campanilla dibujada.



antes ahora

Tenía razón. Me fastidia un poco.

CAPÍTULO 5

En privado

El viernes por la tarde el n.º 3 estaba en su repisa. Tenía catorce sellos. Toño lo miraba de lejos, sentado en su caja.

Julita llevaba dos días preparando algo. Me dio miedo.
Era una hoja con dos opciones.

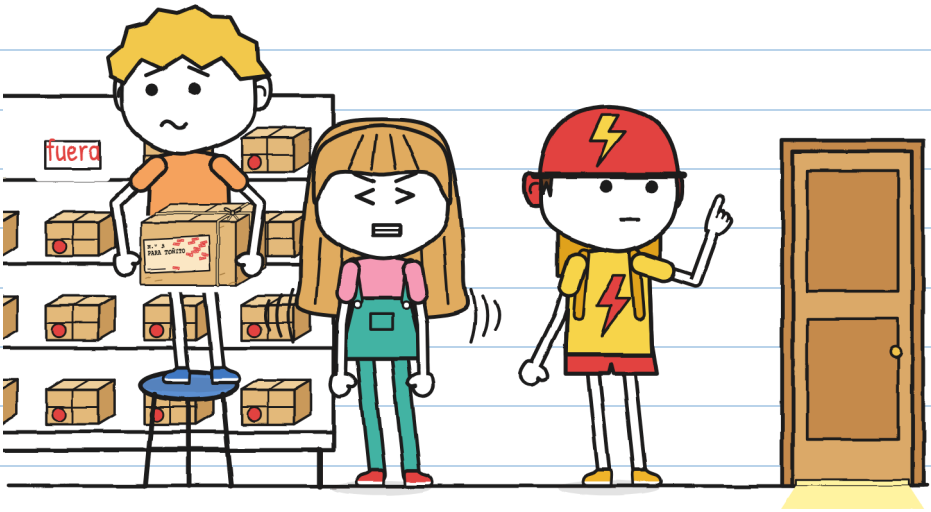


Toño leyó la hoja. Miró a Mara.
—Si firmo, ¿quién lo sabe?
—Yo. Y mi libro de registro: ahí apunto las entregas. No sale del cajón.
—¿Y RAYO?
—No se lo cuento. Un registro no es un cartel.



El cartel lleva números. Los nombres se quedan en el cajón. —J.

Toño se levantó de su caja.
—Elijo la B.
Julita no saltó. La vi no saltar.
—En la trastienda —siguió Toño—. Con ustedes dos.
—¿Yo también? —preguntó Julita.
—Tú quieres verme firmar más que nadie. Prefiero tenerte delante.



En la trastienda, Toño sacó otra vez la campanilla y la nota. Las miró despacio, con cuidado.

—Antes de firmar, miro lo que firmo —dijo, sin mirar a nadie.

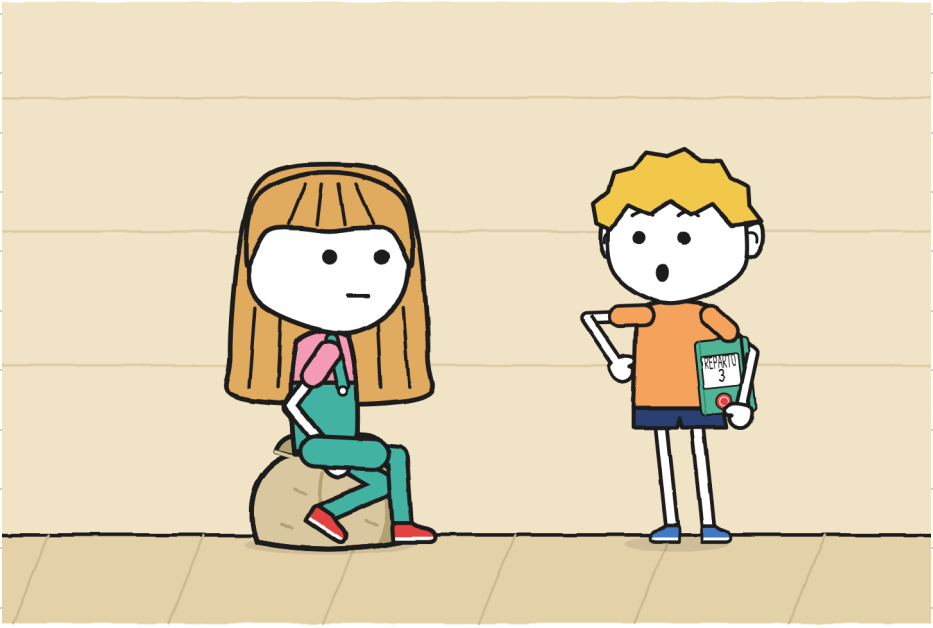
Julita se puso rosa, como su playera.



Julita dio su marcador verde a Toño. Se sentó en un saco del rincón.

—¿Qué haces? —pregunté.

—Me siento encima de mis manos. Para no ayudar.



Cerré el cuaderno y me lo puse debajo del brazo.

Luego lo apuntó todo. —J.

Toño destapó el marcador y firmó.



La etiqueta decía «Toñito». La firma, «Toño».
—¿Así sirve? —preguntó Toño—. No es el mismo nombre.
—Firma quien lo recibe —dijo Mara—. Y lo recibiste tú.

Mara apuntó la entrega en su libro. Julita ya sujetaba el taburete azul. Lo dejó en el suelo.

—¿Puedo cambiar el cartel? —preguntó a Toño, no a Mara.

Toño miró el cartel.

—Solo pone un número.

—Solo.

—Está bien.



Pregunté primero. Apúntalo. —J.

En la banqueta, Toño apoyó su bici en la pared.
Sacó un destornillador de la mochila.
—¿Pones la campanilla? —pregunté.
—Sí.
—¿Y el timbre de RAYO?
—Ese es de RAYO. Esta es mía.



Toño la puso. Yo solo sujeté la bici. Y porque me lo pidió. Toño tocó el martillito con un dedo.
Tilín.

A las cinco y diez pasó RAYO. Bruno frenó.

—¿Y eso que suena?

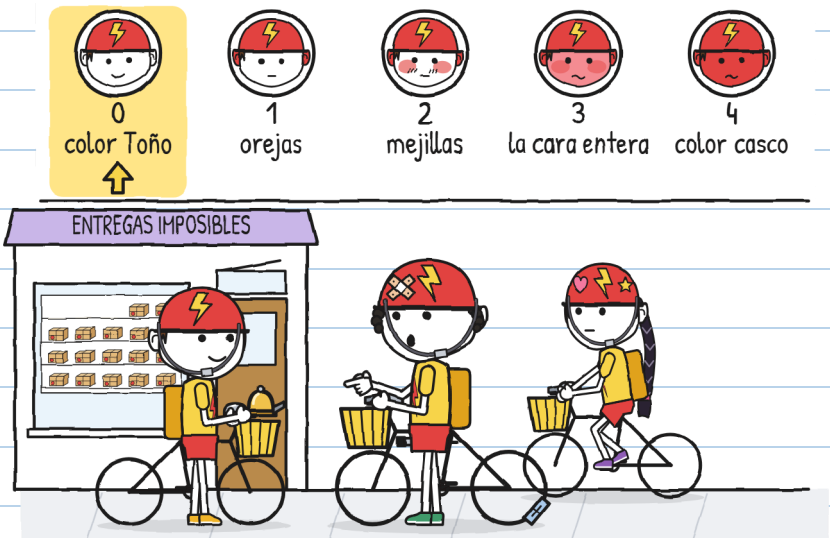
—Una campanilla.

—¿De dónde salió?

—Era mía.

—¿De cuando eras Toñito?

Miré a Toño. Nada rojo. Ni las orejas.



—De cuando me llamaban así. Ahora me llamo Toño. ¿Y tú cómo te llamas?

—Pin... —Bruno calló—. Bruno.

—Pues eso, Bruno.

Bruno levantó la cabeza. En RAYO llevaban dos años sin llamarlo Bruno.

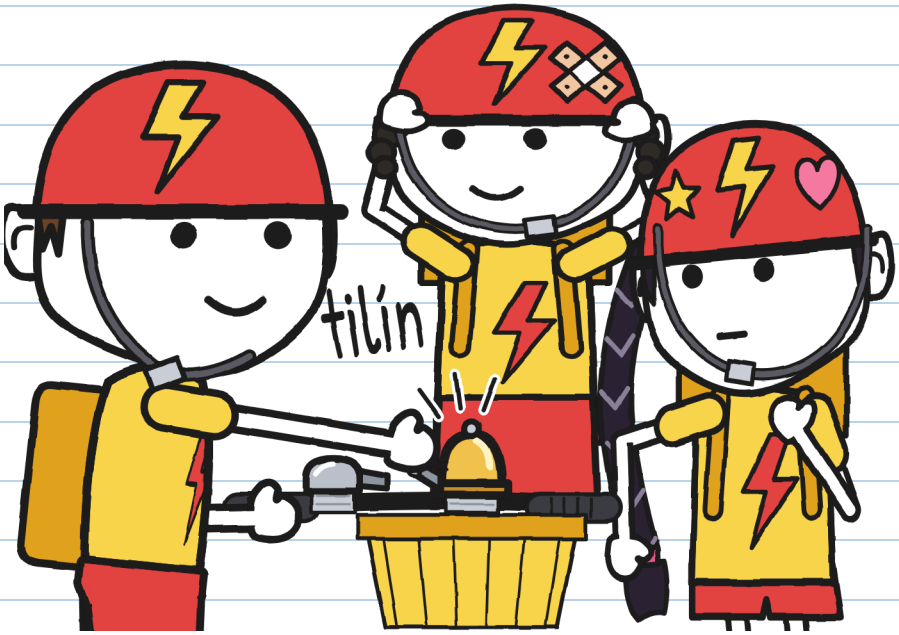
Zoe abrió la boca.

Toño tocó el martillito. Una vez.

Tilín.

Zoe cerró la boca. Lo pensó.

—Suena bien —dijo—. Vamos tarde, Toño.



Dijo «Toño». Sin añadir nada. —J.

Esa noche volví a dejar la persiana subida.
—¿Otra vez vigilando? —preguntó mi madre.
—Hoy vigilo que no pase nada.
—Eso lo hago yo muy bien. Duérmete.



Me dormí con el marcador destapado. Tengo la almohada verde. —J.

Amaneció.

No sonó nada.

Ni un tilín, ni una ventana, ni el perro del 4.

Es el silencio más bonito que he oído en mi calle.

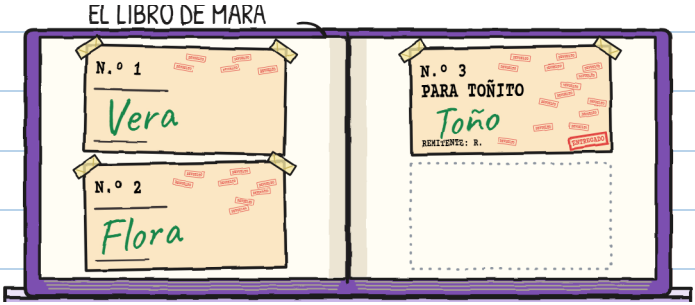


CAPÍTULO 6

De momento

El sábado a las diez dibujé la estantería. Diecisiete paquetes. Tres huecos.

Mara pegó la etiqueta en su libro, con las otras dos.



Un huevo, unas semillas y una campanilla. Los tres llegaron tarde. Los tres llegaron.

Toño firmó el tercero. Esta vez solo le pasé el marcador. —J.

Toño se sentó en su caja y se movió. No miró la estantería esta vez.

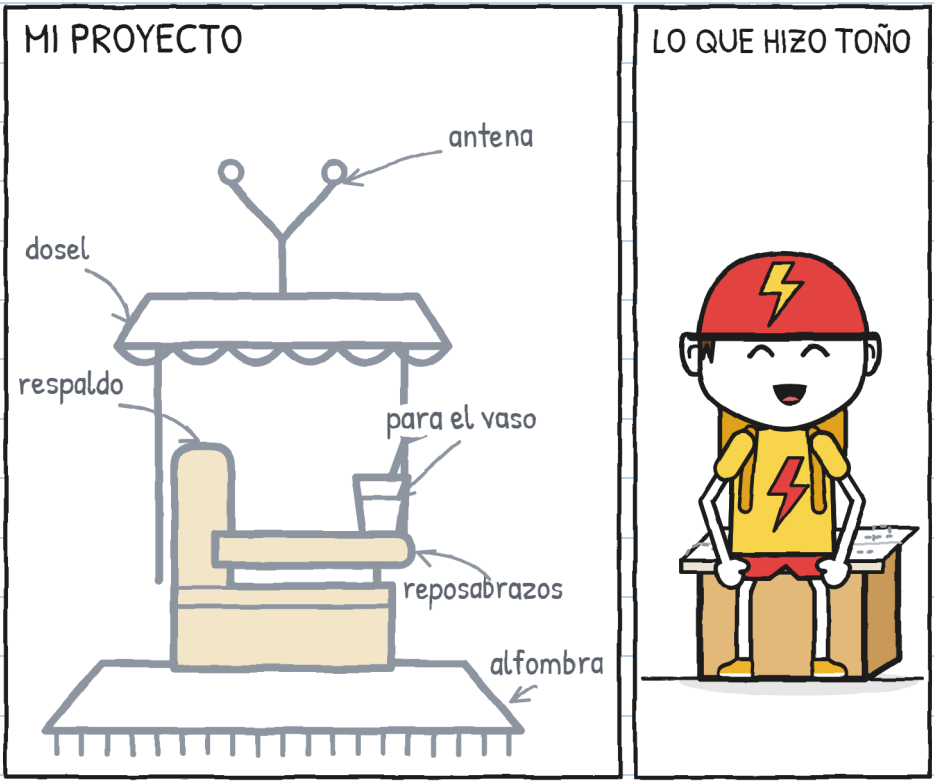
—Es tu asiento «de momento» —dijo Mara.

—De momento me sirve —dijo Toño.



«De momento» puede durar años. Pregúntale al n.º 3. —J.

Enseñé a Toño mi proyecto: el dibujo del asiento. Tardé toda la semana.



—¿Me lo das?

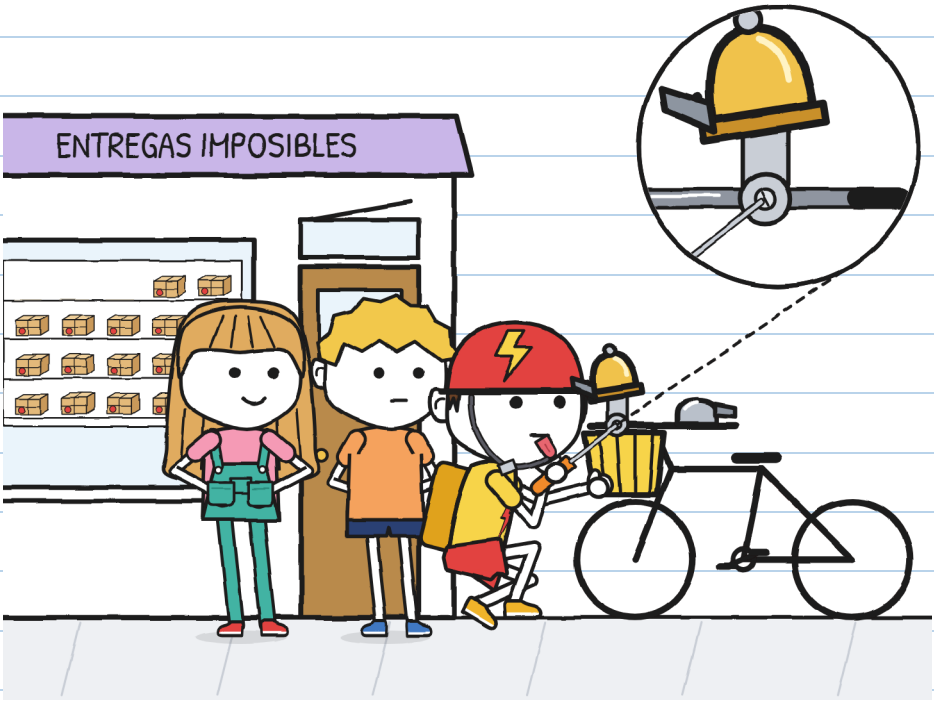
Dobló el dibujo en cuatro. Lo puso sobre la caja y se sentó.

Fuera, la campanilla estaba torcida en el manubrio.

—Te la sujeto mientras aprietas —dije.

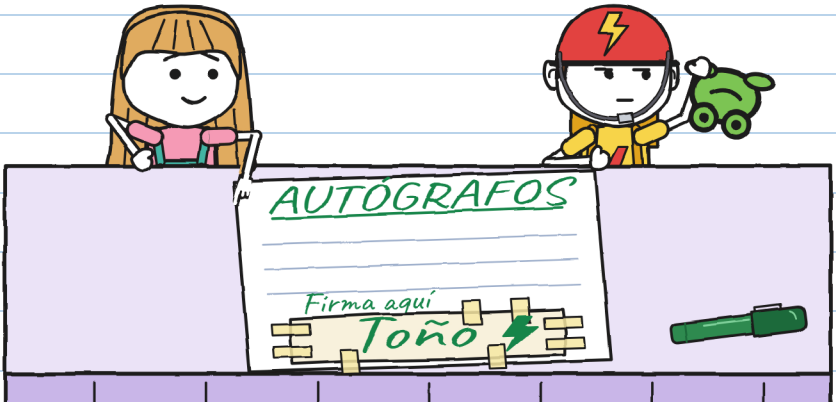
—Puedo yo.

Toño pudo. Yo miraba el tornillo. Parecía tener cien vueltas.



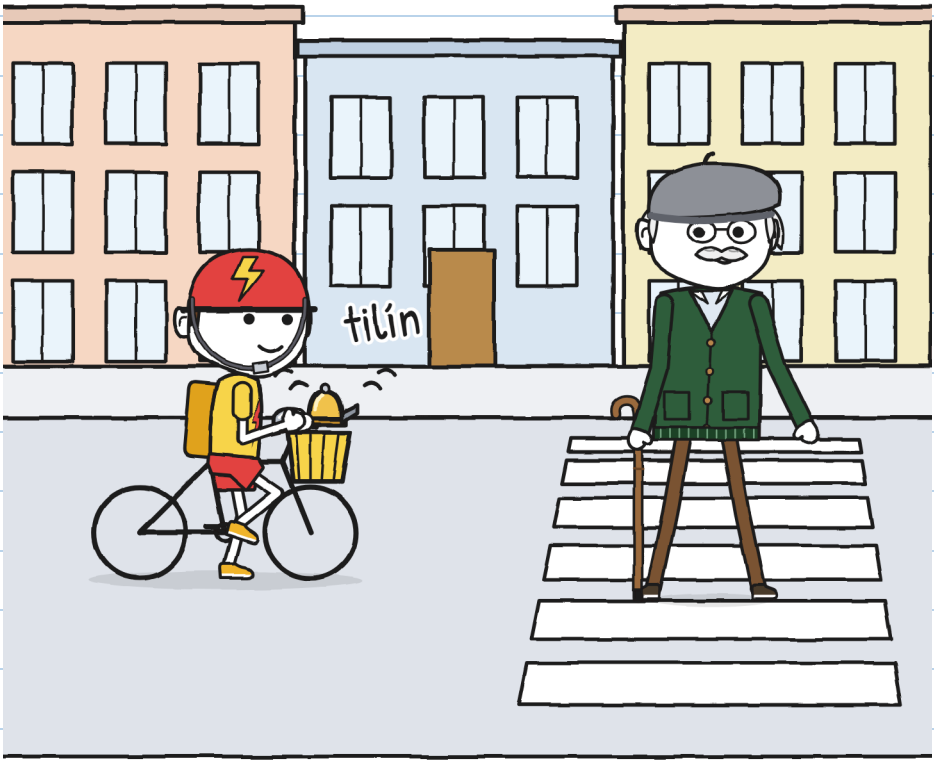
Julita sacó la hoja de los autógrafos. La ventanita estaba tapada con papel y mucha cinta.

—Es la de la trampa —dijo Julita a Mara, sin esperar preguntas—. La arreglé.
Puso la hoja delante de Toño.
—¿Me firmas un autógrafo? De verdad. Sin nada debajo.
Toño miró debajo de la hoja. Miró debajo del mostrador. Dio la vuelta a la rana.
—Está bien.



Me lo merezco. —J.

A mediodía, Toño salió a un reparto. Un señor con boina cruzaba despacio, con su bastón.
Toño frenó. Esperó. Tocó la campanilla una sola vez. Como diciendo: «Estoy aquí».
Tilín.



El señor levantó el bastón para saludar y siguió despacio.

—Es don Antonio —dijo Mara—. El segundo Toñito de mi lista.

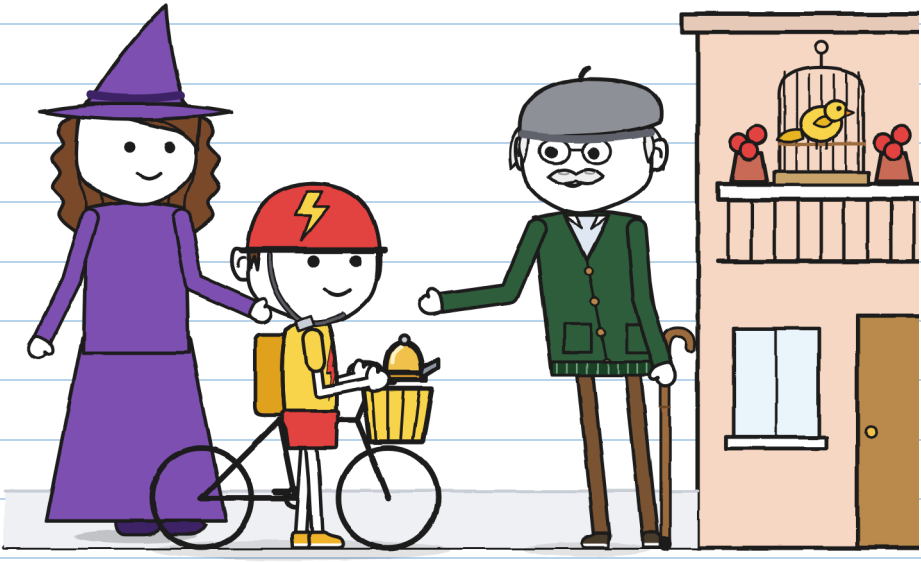
—¿Es nueva la campanilla? —preguntó el señor, ya en nuestra banqueta.

—Vieja —dijo Toño—. Era mía. De cuando me llamaban Toñito.

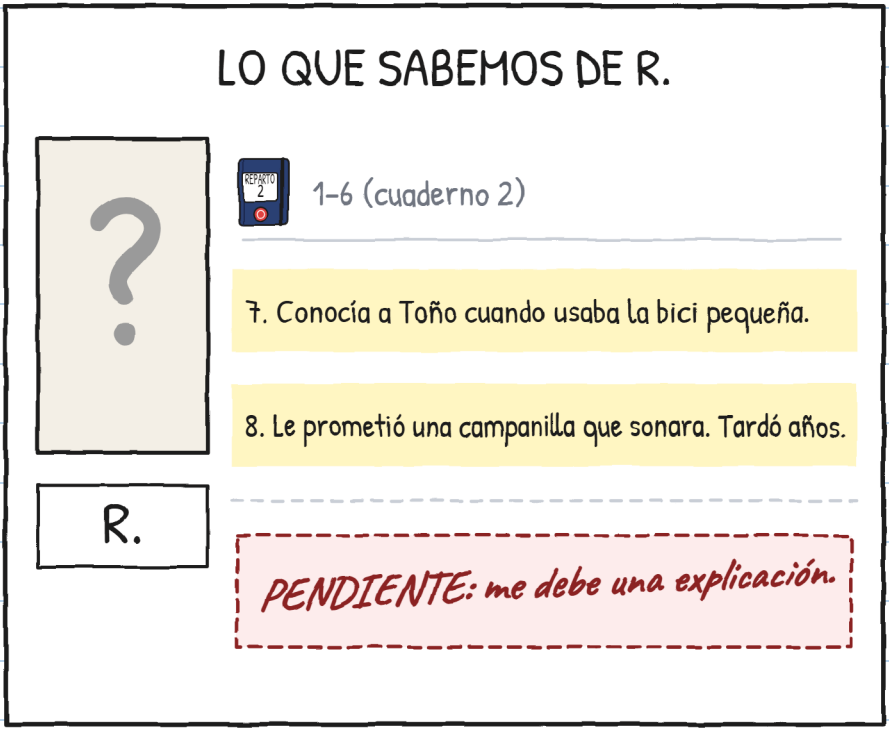
—Hace sesenta años que nadie me llama así. ¿Cambiamos? Tú, don Antonio; yo, Toñito.

Toño lo pensó.

—De momento, no.



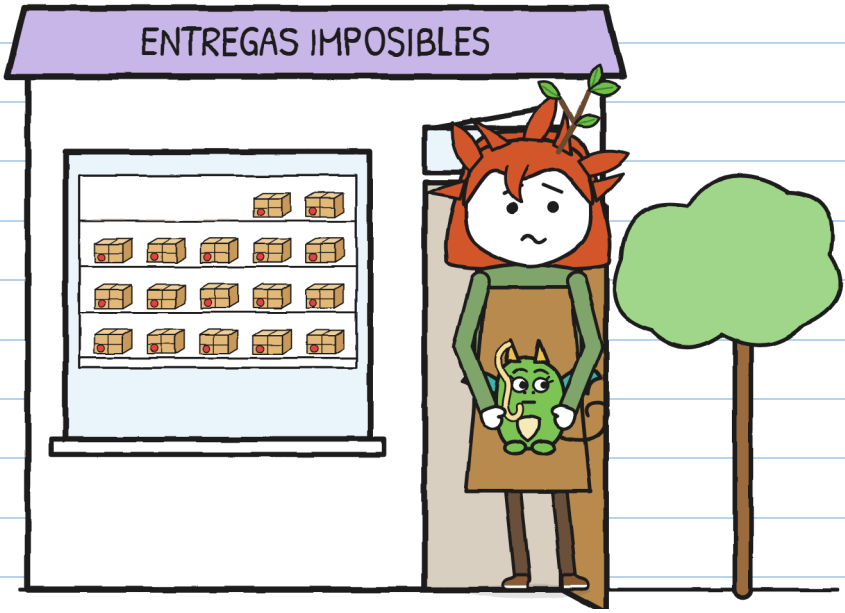
Saqué la ficha de R. Ya había seis pistas. Añadí dos. Toño me pidió la pluma. Escribió debajo, con su letra.



—¿Vas a darle las gracias? —preguntó Julita.
—Las gracias y la queja. Las dos. Aún no sé quién es R.

A la una entró Vera. Llevaba a Miga en brazos y una ramita en el pelo.

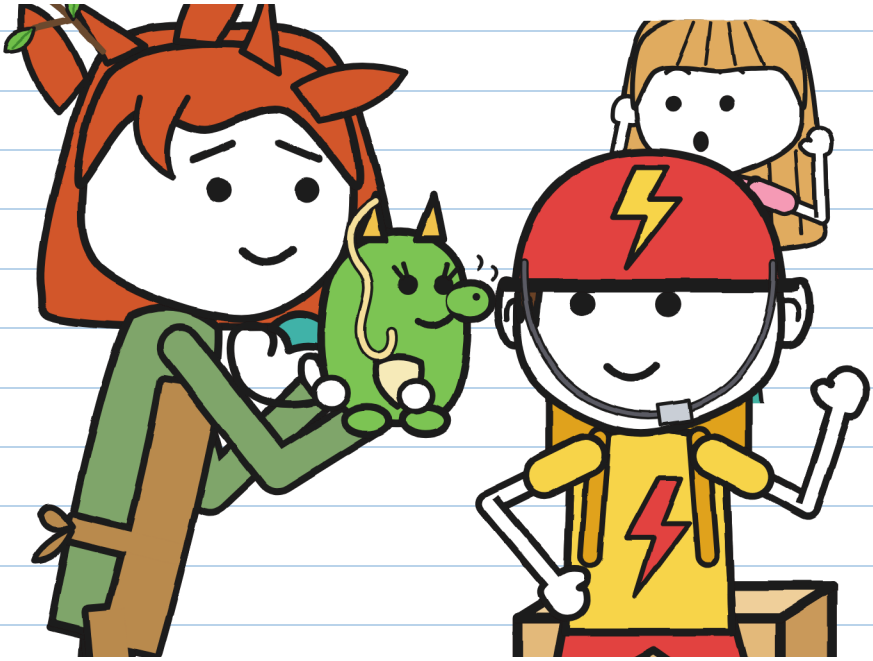
—Necesito ayuda. Miga ya sabe salir volando. Necesita un sitio seguro para bajar. —Hizo una pausa—. Ayer eligió mi sopa.



Miga me miró y puso mi cara de «yo no fui».

La tuya, exacta. Con fideo. —J.

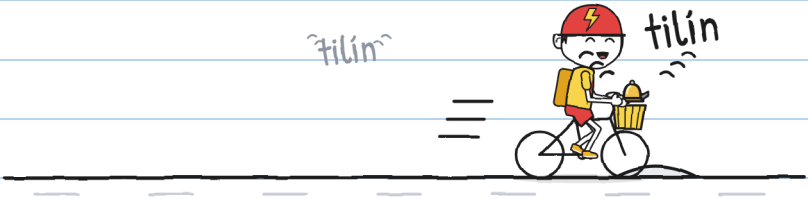
—¿Necesitas a alguien rápido? —preguntó Toño desde su caja.
—Para ayudarme hay que saber esperar —dijo Vera.
—También sé. Desde esta semana.



Yo también sé esperar. ¿Ya? —J.

ENTREGA N.º 3. Lo que tardó cada uno:

	RAYO: diez minutos.
	R.: años.
	Toño: seis días.
	Julita, escuchando: once minutos (récord).

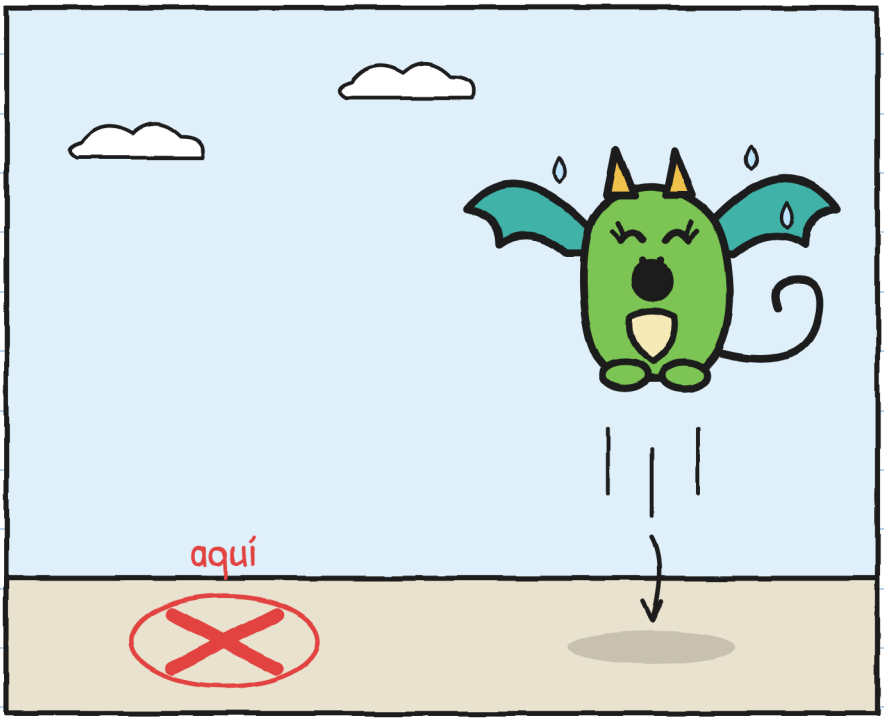


Toño salió a repartir. En la calle sonó un tilín.
Y otro.
Esta vez la campanilla la tocaba él.

Yo aún sueno sola. Estoy aprendiendo. —J.

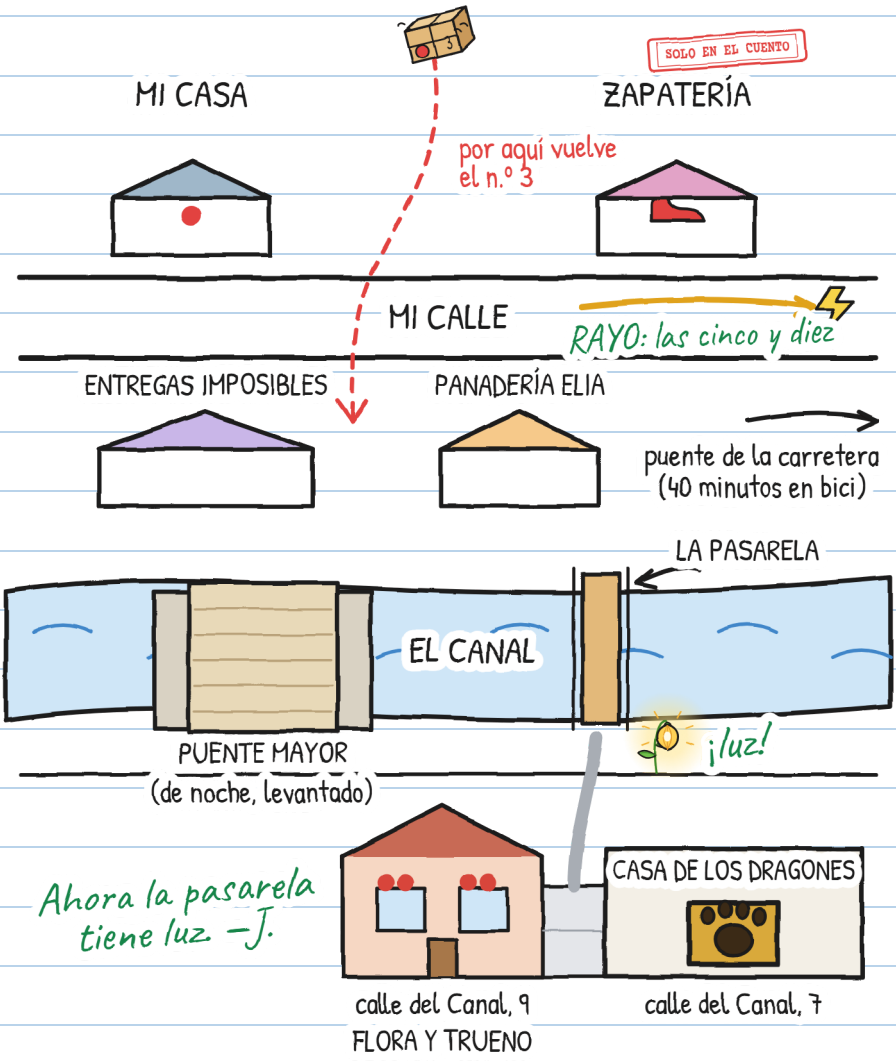
ENTREGAS IMPOSIBLES · 4

(muy pronto)



¿Dónde aterriza una cría de dragón que te copia? –J.

EL BARRIO (versión 3)



Y TÚ, ¿CÓMO TE LLAMAS?

A Toño lo llamaban Toñito. Ahora él elige su nombre. ¿Y tú?

Me gusta que me llamen...

_____

También me pueden llamar...

_____

Prefiero que no me llamen...

_____

_____

Yo soy Julita. «J.» solo cuando firmo. —J.

UNA HISTORIA, SEIS TALLAS

Hay seis tallas, de 3 a 16 años, y más de 20 lenguas. XXS, XS, S, M y L tienen las mismas páginas y los mismos dibujos. La XL es una novela. Solo cambia cómo se cuenta.

TALLA XXS · PRE-A1
MARA Y TOÑO SE RÍEN. ¿VES LA BICI ROJA?

TALLA XS · A1
Mara casi se rio. Toño se rio también. No lo veía reír desde el sábado.

TALLA S · A2
Mara hizo un ruido, casi una risa. Toño también se rio. No lo veía reír desde el sábado.

TALLA M · B1
Mara hizo un ruido. Parecía una risa. Toño también se rio. No lo veía reír desde el sábado.

TALLA L · B2
Mara hizo un ruido que en otra persona habría sido una risa. Toño también se rio. No lo había visto reír desde el sábado.

TALLA XL · B2-C1
Novela ilustrada · 13+

Niveles del MCER orientativos, para quien aprende español.

Cada uno en su talla. Mismo tilín. —J.

PARA FAMILIAS Y DOCENTES

Trabaja cada capítulo en linguaula.com

BICI DE VERDAD: QUÉ HACER

1. Casco siempre, y bien abrochado. También para ir «solo aquí al lado».
2. Que te vean y que te oigan: luces, ropa clara y timbre. El timbre avisa; no manda.
3. Las dos manos en el manubrio. Si algo te distrae, para en un sitio seguro.
4. La banqueta es de quien va a pie: allí, bici de la mano. Antes de cruzar, para y mira.

El sello SOLO EN EL CUENTO marca lo que pasa en el cuento y en la calle no.

ANTES DE SALIR, REVISA TU BICI

